

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 7 DE JUNIO DE 1931

NUM. 23



EL MAESTRILLO

EL MAESTRILLO

El mirlo es un pájaro de color negro o negruzco con el pico y pies amarillos; su canto es un silbido bastante dulce y agradable, por lo cual y por la facilidad con que aprende a pronunciar ciertas palabras se le suele tener en domesticidad.

Francisco, el muchacho más vago de la escuela y el más novillero por añadidura tenía en su casa un mirlo, que atendía por el nombre de Periquito.

Un día de los muchos que faltaba a clase, cogió a su Periquito y le dijo:

—Vamos a ver Periquito, hoy no tengo ganas de ver a don Laureano. Hoy quiero yo actuar de maestro, tú serás el discípulo. Me han dicho que eres muy listo y además te es fácil repetir algunas de nuestras palabras. Pues, cuidadito, primero yo, después tú.

Periquito, posado sobre el cubo le escucha con una atención digna de ser imitada por más de cuatro niños que yo conozco.

—Vamos a ver Periquito si repites lo que voy a decirte. Es preciso trabajar algo y no pasar la vida vegetando como tú lo haces. Dí conmigo: ¡Viva la libertad! Viva viva, viva..., Dí viva...

Y Periquito no abre el pico y el maestrillo se enfada y harto de repetir, viva la libertad, pierde la paciencia viendo que el discípulo no le hace caso.



EL CRIADO MENTIROSO

Había una vez un hombre rico al cual le gustaba mucho viajar y como nada le

impedía hacerlo empleaba su fortuna en recorrer países y admirar las bellezas del mundo.

Tenía un criado tan torpe y embustero que no había término de comparación.

Y el hombre rico tenía lástima de su criado y no se decidía a despedirlo porque pensaba que con tales defectos difícilmente encontraría otro empleo. Así, pues, se propuso ayudarle a buscar enmienda.

Un día le mandó ensillar los caballos para hacer un viaje a la comarca vecina. Casi al amanecer salieron. Apenas habían andado unas leguas cuando vieron una zorra con una cola muy larga.

—¡Oh! que zorra más grande!—exclamó el amo—no recuerdo haber visto una semejante.

—¡Bah! señor, eso no es nada, hace tres años visité un país donde las zorras eran mucho, pero muchísimo más grandes, las había del tamaño de un caballo tal vez mayores.

Molesto el amo, guardó silencio y comenzó a pensar, cómo le quitaría a su criado esa mala costumbre de exagerar y mentir.

Anduvieron sin parar algunas horas; entonces decidieron descansar un rato a la sombra de un árbol corpulento.

El amo reflexivo, no hablaba, pero el criado no cesaba de contarle embustes.

Cuando volvieron a emprender la marcha, el amo se quedó unos momentos pensativo y casi sin dejar andar a su caballo, como si algo muy serio le preocupase.

—Señor—dijo solícito el criado—¿se siente usted mal? ¿Tal vez fatigado?

—¡Oh, no!—contestó el amo—estoy meditando en todas mis palabras y repasando con cuidado lo que he hablado hoy, no sea que haya dicho algo que no fuese cierto.

—Vamos, señor, usted que habla tan poco, ¿por qué ese escrúpulo?

—Es que tendremos hoy que vadear un río de aguas oscuras y revueltas, cuya corriente arrastra a todos los mentirosos, y en él perecen sin remedio. Pero vamos, no tengo temor, creo que podré pasarlo. Diciendo esto, hizo correr a su alazán y dejó al criado un poco atrás para que no le viese sonreír.

Entonces sí que el criado se sintió mal. Palideció y sintió escalofríos en todo el cuerpo.

Alcanzó a su amo y le dijo tímidamente:

—Señor, las zorras de que le hablé, no eran tan grandes como un caballo, creo que he exagerado un poco.

—¡Oh, ya no me acordaba yo de las zorras.

—Sin embargo, señor, quiero decirle que las zorras de que le he hablado no eran sino un poco más grandes que aquella otra que hallamos esta mañana.

—Déjame ya con tus zorras, que en nada me interesan.

Guardó silencio el criado y al anochecer llegaron frente a un río de aguas oscuras.

—Aquí está nuestro río—dijo serenamente el amo—vamos a pasarlo.

—¡Ay de mí! ¡ay de mí, .. mi buen señor... yo no... no puedo pasarlo... no... me atrevo a pasarlo.

—Los hombres no retroceden ante los

obstáculos y ese río es solo un obstáculo que hay que salvar. Solo tu conciencia te hace vacilar y temer. Todo ha sido una broma, pero me felicito del buen efecto que en tí ha producido. Te aseguro que por ahora, nada te pasará, pero considera que si por creer comprometida tu vida material, pasajera, has sentido tan honda ansiedad; ¿cuál no será tu angustia en el día postrero? ¿Ignorarás infeliz embustero que los mentirosos no van al cielo? Piensa que aquel gran río que hemos de pasar, si perseveras en mentir, en él perecerás.

Muy impresionado el pobre criado se bajó del caballo antes de vadear el río y puesto de rodillas pidió al Señor perdón por su feo vicio, y a su amo que olvidase sus muchos embustes, proponiéndose decir siempre la verdad.



EL QUE MAL EMPIEZA, MAL ACABA

Luisito era un niño de siete años; tenía una hermanita de nueve, que se llamaba Anita; amábanse tiernamente y eran adorados por sus bondadosos padres.

Un antiguo y honrado criado acompañaba al colegio todos los días a Anita y a Luisito.

La niña era muy formal, y parecía una mujercita cuando reprendía a su hermano por las travesuras que solía hacer.

El criado acostumbraba a comprar los postres al volver a casa con los niños, porque a éstos les agradaba así.

Un día fué a comprar fruta y después de haberla pagado, José, que, así se llamaba el criado, se puso a hablar con el

vendedor, porque era de antiguo conocido.

Luisito se arrimaba demasiado a las banastas de frutas y Anita, que había admirado unas magníficas peras, pero a cierta distancia, cogió al niño de un brazo y lo retiró, reprendiéndole porque se había puesto tan cerca de la fruta, que parecía querer comerla con la vista, y «eso, decía ella, es muy feo.»

—Pues tú—replicó el niño—bien has dicho que sentías que José no comprara esas peras tan hermosas y...

—Eso no es cierto—le interrumpió Anita—yo no he dicho tal cosa; lo que dije fué que me parecían muy buenas, pero como José ya había comprado uvas y ciruelas, y son también cosa buena, nada me importan las peras.

—Yo no soy como tú, cuando una cosa me gusta, la quiero, y, como dice mi amigo Andrés, la consigo, porque dice también, el hombre debe ser independiente, fuerte y obedecido; y él, mira, ya es muy fuerte, tanto que vence a los que tienen dos y tres años más que él. En el colegio todos le temen y le llaman el valentón, y siendo yo tres años más pequeño que él, es mi amigo y dice que ha de enseñarme a ser hombre y temido como él.

—Anda, tonto, él se ríe de tí y tú le respetas mucho; tú eres un muñeco—añadió Anita, con cierto aire de mujer juiciosa—y no me parece bien que digas y pienses tantas simplezas. ¡Qué lástima que no puedas oír a nuestra buena profesora! Ella te quitaría de la cabeza todo lo que te ha dicho ese amigo, para tu mal, y te haría bueno; ese es un niño muy malo, bien lo veo.

—Pues mira, haces mal en no quererle, porque él te quiere a tí.

—Eso es mentira; lo dices porque no le quiera mal, yo no lo he visto nunca.

—Sí que le has visto, y mira, me ha dicho que me va a regalar un teatro grande de cartón con muchos monigotes, y a tí una muñeca muy bonita que mueve los ojos y la boca y cuesta muy cara, pero como él tiene tanto, tanto dinero, yo creo que lo hará, y porque es muy amigo y me quiere mucho; tú lo has visto y hablado y jugado con él en el Retiro, y más, dijiste, me acuerdo muy bien, que era muy bonito el vestido de terciopelo que llevaba, y que deseabas que papá fuera rico para que nos vistiera a nosotros de terciopelo como a aquel niño, porque así se está muy bien.

—Eso no es verdad—interrumpió la niña poniéndose encendida como el color grana de la pluma de su sombrero.

—Anda, anda—exclamó Luisito, batiendo las palmas y riéndose como un loco—tú también mientes como yo, y luego a mí me riñes. A la profesora se lo he de contar; le diré:—la señorita Ana ha dicho una mentira, sí, una mentira.

La niña estaba a punto de echarse a llorar, pero, conteniéndose a duras penas exclamó temblando:

—Cállate, Luisito, que te va a oír José y se lo contará a mamá.

—Bueno, me callaré, pero no niegues que has mentado.

Anita reflexionó un momento.

—Mira, yo dije eso, es verdad; pero fué porque creí que era bueno; ahora que sé que no lo es, te repito que le aborrezco.

(Continuará).